

Entrevista con Mercedes Vilanova, autora de *El mago y la reina*

La palabra escrita

La palabra puede ser *espera*. Puede ser *calendario*. Puede ser *congratulación*. Y *pie* y *Sevilla* y *servilleta*.

La palabra escrita es la palabra que valida. Aun hoy, prevalece la palabra, incluso después de los adelantos tecnológicos en macroprocesadores Pentium Dual-Core, después del lanzamiento de los cohetes Ariane que surcan el cielo y después de las presentaciones de los modelos de iPhone XS, XS Max y XR.

«La creación más importante de la humanidad es el alfabeto, y luego se inventaría la imprenta, y luego las rotativas, y a partir de aquí se ha podido acumular saber escrito, que si no es escrito no es saber», confirma la historiadora Mercedes Vilanova (Barcelona, 1936), que acaba de publicar la novela sin complejos *El mago y la reina* (Ediciones Carena, 2018; «se despidió de la tierra con un sentimiento de olvido»), tras un ensayo con tintes biográficos, *La palabra y el poder* (Ediciones Carena, 2016; «las mayorías participaban para perder menos, nunca para ganar»). Termina así su exhortación sobre la preeminencia de la palabra: «A partir del descubrimiento de que ya no hacen falta los copistas, la vida no ha vuelto a ser la misma».

Canción. Comadreja. Aparejo.

De estatura media (entra alta y baja, sin detalles), de vitalidad desbordante que se ríe de los potingues para una juventud eterna (mejunjes como los «*péptidos de colágeno hidrolizado*»), de resuelta autonomía, Mercedes ha conseguido domeñar el mundo, repitiéndose a sí misma que el mundo es un avión sin piloto.

De vuelta de todo, Mercedes Vilanova es un verso suelto de Celaya, aquel poeta de palabras dadas («*Lo normal es vivir, / y respirar, y andar / y, a ratos sueltos, pensar*»). La cartografía de su rostro proporciona los datos geográficos indispensables para leer el siglo XX. Muchas de sus arrugas corresponden a pesares que un día fueron sufridos y vencidos en duelo. Y otras tantas corresponden a las diferentes rayas del saber («lo que más valoro es el conocimiento, la inteligencia, que pueda aprender. Y valoro la sinceridad. Y creo en la amistad»).

Por tal motivo inició estudios de medicina, química y semíticas.

«Lo precioso es profundizar en algo, verlo en un microscopio», apercibe. «De ahí que sepa por qué fracasó la revolución anarquista del 36.»

Al poco de nacer, Mercedes acabó instalada en L'Escala (Girona), en cuyo mar aprendió a nadar antes que a andar.

Puesto que creció con el arrullo de las olas, no podría haber escrito *El cuaderno del mar. Visión de unos niños que no lo han visto*, del maestro Antonio Benaiges.

«No tengo el recuerdo de la primera vez que vi el mar, porque siempre estuvo ahí», repara. Para ella, el mar es la vida. El todo. Lo verdadero.

En su familia los irreconciliables bandos ideológicos han encontrado acomodo: por un lado, un abuelo autonomista y republicano, y por otro lado, el hermano de su madre fue uno de los fundadores de Falange.

Es consciente de su suerte: «Yo sé que soy una privilegiada, por el mar, por la cultura a la que he tenido acceso, por la familia...».

Por eso ha hecho lo que le ha dado la gana, y por eso ha pagado «un alto precio».

Por eso quizá se ha dedicado, entre otras cosas, a los «invisibles», a los pobres, a los pobres de entre los pobres. Y les pone rostro: «Las mujeres solteras del servicio doméstico eran las más pobres». Y si eran analfabetas, su condición se resentía. Y si

eran mujeres solteras del servicio doméstico analfabetas y excluidas, no había quien las salvara: «La exclusión es la peor de las pobrezas».

Por eso se doctoró en Historia, para entender los porqués y recomponer las cerámicas rotas de un pasado tan cercano como su recuerdo.

Una conversación de una hora con Mercedes puede llegar a ser la constatación de aquello que introdujo Séneca en *Sobre la brevedad de la vida*, hace dos mil años:

«Nuestra edad tiene mucha latitud para los que usaren bien de ella».

Supongamos que disponemos de esa hora, a pesar de las lluvias de septiembre.

El camino trazado de la charla podría ser este, en un avance y retroceso de asuntos pendientes y actualidad general, atrás y adelante, adelante y atrás. Se hablaría de lo siguiente:

De las cargas policiales contra los estudiantes universitarios en 1956 («supe lo que era la represión y pasé a la clandestinidad, ligada al Front Obrer de Catalunya») a la fe en la izquierda («me creí la revolución, creí en el desarrollo de la civilización»).

Adelante. De la utopía comunista al satélite Sputnik, producto de la Guerra Fría («yo quería ser buena, estuve con el Padre Lebrecht», por el religioso francés Louis-Joseph Lebrecht, adalid de los países del Tercer Mundo).

Adelante. De la Guerra Fría a la revolución digital («aun así la gramática y las matemáticas siguen siendo fundamentales»).

Atrás. De la revolución digital (Apple media) al filósofo Arthur Schopenhauer, que era más budista que pesimista («él decía que al final de la vida hay un hilo, un destino»).

Adelante. De Schopenhauer a la manifestación feminista del 8 de marzo del 2018, el Gran Salto (pregunta corta: «¿Fuiste?». Respuesta corta: «Claro»). Complemento: «Estas mujeres ministras [del actual Gobierno del socialista Pedro Sánchez] no son meros floreros, están informadísimas. Eso en mi época no existía, nosotras no podíamos ni tener una cuenta bancaria. Yo podría haber sido otra cosa de joven...».

Atrás. De las flores sin florero al recuerdo de los maestros: el historiador Joan Reglà (discípulo de Jaume Vicens Vives), el historiador Jaume Vicens Vives (discípulo de Pedro Bosch Gimpera) y el dermatólogo Xavier Vilanova, su padre.

«Decidí que yo no iba a ser un epígono y que no iba a formar parte de una escuela, porque aquí siempre hay un mandarín», resuelve. «Además, en los grupos hay mucho amiguismo.»

Atrás. De los hombres que le enseñaron a los viajes que realizó sola (la vuelta al mundo cuando era una adolescente, durante la Guerra de Corea).

Atrás. De la Guerra de Corea a la revolución otra vez («es casi una obligación creer en ella»).

Atrás. De la revolución al capitalismo («es algo satánico, porque se ha dedicado a hacer el mal y se sirve del entendimiento de otros»).

Adelante. Del capitalismo al estudio, la docencia y la investigación, a los que les ha dedicado los últimos cuarenta años: ha dado clases en París, en Boston, en Cambridge... Y da miedo seguir hablando. Si sale a relucir la guerra de Siria (desde el 2011), apuntará: «En Sarajevo vi el odio. Pero he visto la fanatización en Siria. Lo sé porque he dado clases en Damasco...».

Ella proporciona los titulares: «La universidad ha hecho posible que yo fuera todo lo que he querido ser» y «La universidad me ha mantenido siempre despierta, al día».

Atrás. De la universidad y el contacto con los alumnos a la momia de Francisco Franco («no quiero oír ni hablar de ella»).

Adelante. Del dictador al terrorismo («es un negocio que mueve mucho dinero»).

Atrás. Del terrorismo al movimiento 15 M («lo aplaudí, fue maravilloso, e hizo que cayera el Rey», por la abdicación de Juan Carlos I, en el 2014).

Adelante. Del 15 M a las «camareras de hotel», las kellys («es una explotación permitida»).

Adelante. De las kellys, y de nuevo, al «capitalismo salvaje» («se le puede combatir»).

Imposible clasificar a Mercedes Vilanova. Tampoco se dejaría.

Este esquema se repite a menudo:

Reportero.—Tienes razón.

Mercedes.—Yo no quiero tener razón.

Y los oxímoron fluyen sin estridencias, como las aletas dorsales en un pez gato:

«El mundo es horrible y es fantástico» y «Si volviera al principio me replantearía lo de ser madre, pero quiero a mis nietos» y «No existe, pero lo tendría que pensar».

Viajada («he estado en el Amazonas y he visto cómo robaban a las niñas»). Leída (*Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era de Internet*, del sociólogo Manuel Castells). Fogueada (ha colaborado con el *Telèfon de l'Esperança*; repite: «Estoy en las trincheras»).

La historiadora y catedrática de la Universitat de Barcelona Mercedes Vilanova se ha desclasado («ya no veo lucha de clases»), pero ha ganado en felicidad («ser feliz es quedarse en la base, militar»).

Cabos sueltos de la entrevista:

¿Por qué fracasó la revolución?

«Porque no sabían ni leer.»

¿Cómo se vence al capital?

«Con la ecología, con el feminismo y con... no me acuerdo de lo tercero.»

¿Qué habría querido ser si no hubiera escogido la Historia?

Periodista, directora del *Times*.

Congratulación. Espera. Calendario.

Jesús Martínez